

HARO TEGLEN

LA IZQUIERDA EN ITALIA Y FRANCIA

Existen algunos puntos de comparación bastante visibles entre la política profunda de Italia y la de Francia. Los ha habido siempre, sobre todo desde que los Estados Unidos, en la postguerra, consideraron Europa como un todo capaz de adaptarse a una misma fórmula. La fórmula consistía en cercar y sitiar el comunismo y los extremismos de izquierda, erguidos físicamente por los movimientos de resistencia contra el nazismo; moralmente, por la idea de la construcción de «un mundo nuevo» propia de las postguerras, y políticamente, por la rotura del cerco a la URSS sostenido desde 1917 y la alianza de guerra de ésta con las democracias occidentales. El estado de sitio a los comunistas occidentales se mantuvo mediante medidas policíacas y de represión administrativa, acentuadas en aquellos países donde la resistencia fue mayor —el régimen griego acaba de conmemorar aquella política dando el nombre de Truman a una plaza de Atenas; el régimen griego no parece sentirse aludido al recordar que la doctrina Truman de 1947 se decía inspirada para luchar contra cualquier régimen «basado en el terror y la opresión, la prensa y la radio controladas, elecciones predeterminadas y supresión de las libertades individuales»—, pero teóricamente establecidos sobre una idea: si las poblaciones de Europa encontrasen una ideología y una forma de gobierno basado en la democracia abierta y parlamentaria como camino para la libertad colectiva e individual, si estos gobiernos eliminasen la miseria como fuente del revolucionarismo y si, por otra parte, la URSS aparecía como una autocracia implacable bajo el régimen de Stalin con unos propósitos de expansión imperial y de dominio nacionalista, los comunismos no tendrían razón de ser. Los partidos para gobernar Europa en por lo menos sus tres países más poblados —Alemania Federal, Italia y Francia— fueron las democracias cristianas, que ofrecían, además de las condiciones objetivas de democracia y afición a la libertad necesarias para cumplir sus objetivos, el fondo histórico de haberse enfrentado al totalitarismo nazi y la base doctrinal de una doctrina religiosa que ofrecía una trascendencia con la que enfrentarse a otra, a la trascendencia humanista que proclamaba el comunismo como propia. Los dólares del Plan Marshall debían hacer lo demás, sembrados convenientemente para tratar de dispersar la miseria.

Nunca una doctrina convertida en práctica da exactamente los resultados apetecidos, o los da, pero al mismo tiempo producen otros efectos colaterales que cambian el contexto. Los partidos demócrata-cristianos, puestos en trance de ser muros de contención, grupos militares, fronterizos entre dos conceptos de la vida, se radicalizaron hacia el conservadurismo. Sus ideólogos, sus teóricos, fueron pronto desbordados por los políticos profesionales, por los grupos trepadores del poder, con ambición de monopolio. La aventura personal de Georges Bidault, que surge de la resistencia, del ala izquierda cristiano-demócrata, para terminar conspirando en la clandestinidad con los grupos parafascistas de la OAS, es muy ilustrativa. Otros partidos de la

izquierda sufrieron más o menos de la misma contracción y por los mismos motivos. Enemigos históricos del comunismo, la ocasión de ejercerlo en nombre de la libertad y de la reforma social les parecía única. No se abstuvieron de ello. Paralelamente, y consecuentemente, a este fenómeno imprevisto de la doctrina Truman que fue el tránsito de la izquierda hacia la derecha, se produjo otro fenómeno no calculado: la tenacidad y la persistencia de los partidos comunistas. Siguiendo atentamente las cifras electorales europeas en los últimos veinte años, se advierte que el número de votantes comunistas es prácticamente el mismo, con pequeños altibajos, aunque esto no se refleje en los parlamentos y en otras instituciones de poder por las sucesivas modificaciones de las leyes electorales y por otras medidas de represión. El número de electores comunistas en Francia y en Italia no ha cesado de ser en todo este tiempo muy superior —del orden de 10 a 1— al de militantes. ¿Por qué? Porque la fuga de la izquierda hacia el conservadurismo dejaba a unos millones de personas en cada país, a un 33 por ciento del electorado, sin más recurso que el comunismo para absorber algunos problemas urgentes de su situación social. Es decir, lo contrario de lo que se había pretendido con la doctrina Truman.

Las circunstancias, en estos momentos, se han hecho mucho más complejas. Los conservadurismos se han centrado en unas derechas claras y sin matices, como la de Pompidou. Los partidos de la izquierda anticomunista se han vaciado de sentido. Las propias democracias cristianas, como centro, han perdido su significación. En Alemania Federal se tienen que apoyar en la coalición con los social-demócratas en espera de unas elecciones que puedan dirimir la cuestión. En Francia, el partido se hundió —el MRP— al mismo tiempo que desaparecía lo que había sido la espina dorsal de la política francesa, el partido radical, y el camino hacia la derecha se hacía mediante los equívocos del general De Gaulle y ahora, con toda claridad, de Pompidou. En Italia, la democracia cristiana se niega a gobernar sola, se niega a ser ella sola la que se desgaste en el poder, tratando de hacer frente a una situación social aguda, a una crisis económica —más que de pobreza, de desorganización y de corrupción— que se va agudizando. Los partidos socialistas, en Francia y en Italia, siguen ahora el ejemplo de los otros y se desmoronan. Mientras, los partidos comunistas sostienen sus posiciones, de forma que las situaciones políticas europeas se aproximan a una división entre la derecha y el comunismo, sin capas intermedias.

Los comunismos están ofreciendo otra especie de paradoja no imaginada, no prevista. Al mismo tiempo que su importancia como origen, como fuerza primigenia, la de movimiento revolucionario internacional, sufre cada día una nueva derrota, aparece con mayor fuerza como elemento nacional. La invasión soviética de Checoslovaquia debía haber producido una defecación considerable en las filas comunistas, sobre todo entre los intelectuales, como ocurrió con la intervención en Hungría. Históricamente, y por factores de política internacional, la intervención en Hungría era un movimiento más coherente por parte de la URSS que la intervención en Checoslovaquia. Sin embargo, los resultados dentro de los movimientos comunistas nacionales

Luigi Longo, Pietro Nenni, Waldeck Rochet y François Mitterrand: en Italia y Francia, las fuerzas comunistas y socialistas unidas, con algunas otras formaciones izquierdistas, pueden representar, según las matemáticas electorales de ahora, de un cuarenta a un cuarenta y cinco por ciento de la población...



EN PUNTO

han sido distintos. Y es que si en aquella ocasión los dos grandes partidos europeos, el italiano y el francés, aceptaron el hecho, en esta ocasión lo han repudiado. El partido comunista italiano, que, según los teóricos, lleva diez años de ventaja al francés —y aun en el francés se sospecha un salto atrás, si Georges Marchais llega a ocupar el sitio de Waldeck Rochet, como puede suceder—, ha sostenido en la conferencia de Moscú una posición crítica con respecto a la Intervención en Checoslovaquia, se ha negado a firmar el documento final y no ha querido aprobar la política soviética con respecto a China. En un tono menor, más confuso, el partido francés ha mostrado una situación de ánimo semejante. Estos cambios, estos independentismos hacen pensar a la masa electora que los partidos comunistas nacionales son, ahora, independientes de la esfera de atracción soviética y que actúan con arreglo a una ideología propia y con objetivos exclusivamente nacionales.

La cuestión que se plantea en Europa es si el comunismo «ha cambiado» o «no ha cambiado». Es un curioso enigma. Visiblemente, el comunismo internacional ha cambiado desde el momento en que no es monolítico y que incluso está fuertemente dividido —la disputa entre la URSS y China, tan puesta de manifiesto no sólo en los hechos, sino en el discurso de Gromyko ante el Soviet Supremo— no es más que uno de sus aspectos. Es esta disputa la que ha llevado a la construcción de comunismos nacionales. Pero estos comunismos, ¿han cambiado o no han cambiado? La tendencia conservadora asegura que no, que hay solamente movimientos coyunturales o tácticos, pero que el objetivo revolucionario es el mismo. La tendencia izquierdista cree que sí, pero se divide a su vez entre quienes consideran el «ha cambiado» como una sentencia peyorativa y quienes la consideran mejorativa. Las juventudes que llamamos marcusianas por buscarles un denominador común, los prochinos, los extremistas, consideran que los comunismos nacionales han abandonado sus objetivos ideológicos, pretenden salir del «ghetto» y quedar integrados en el sistema, siguiendo un camino parecido al de los socialismos. Los elementos más clásicos o más ortodoxos —aunque la ortodoxia total se ha acabado, probablemente para siempre— entienden, por el contrario, que la rotura del cerco es decisiva y que las modificaciones nacionalistas del comunismo van a permitir que las fuerzas de izquierda se reconstruyan.

En general, esta es una tendencia que se advierte en los socialismos —ala izquierda— de Francia y de Italia. El socialismo francés, hundido en las últimas elecciones presidenciales; el italiano, dividido y en crisis, tienen ahora este mismo pensamiento: medir si realmente hay una «nueva forma» en el comunismo, si pueden aproximarse a él, si se puede construir un frente popular —o una manera de alianza— sin perder su propia personalidad. O, más bien, recuperando su propia personalidad. En Italia y en Francia, las fuerzas socialistas y comunistas unidas, con algunas otras formaciones izquierdistas, pueden representar, según las matemáticas electorales de ahora, de un 40 a un 45 por ciento de la población: con unos programas fundidos y readaptados podrían llegar a tener una mayoría electoral. Sin embargo, a pesar del riesgo de aplastamiento de la izquierda, aún hay notables desconfianzas en las dos partes.

En cuanto a la derecha, en Francia al menos no solamente no parece temer este tipo de aproximación de la izquierda hacia la unidad, sino que, al contrario, lo desea. La insistencia de Pompidou y su grupo en que Poher abandonase el segundo turno de las elecciones para dejar enfrentados a Pompidou —la derecha clásica— con Duclos —el comunismo clásico— muestra que la derecha está segura de que el reflejo anticomunista es muy fuerte aún en el país y llevaría a la derecha muchos votantes indecisos, a pesar de que en las elecciones presidenciales de 1966 —Mitterrand contra De Gaulle— la izquierda obtuvo el 45 por ciento de los votos. Pero en ese caso la situación estaba enmascarada. Mitterrand representaba, aun con el apoyo comunista, una izquierda moderada, confusa y oportunista, y De Gaulle representaba otro tipo de confusión, basada en su personalismo, y tenía muchos enemigos a la derecha —que fueron los que le derribaron en el referéndum de este año—.

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX



● El canciller Kiesinger ha iniciado en Essen la campaña para las elecciones del mes de septiembre, con un discurso en el que ha asegurado que el peligro para la paz de la República Federal no se encuentra ni a la izquierda ni a la extrema derecha —N.P.D.—, sino en un «fascismo de izquierda», promovido por ciertos elementos de la juventud alemana.

● François Mitterrand ha calificado de «ilícito y antidemocrático» al nuevo partido socialista francés, que se reúne estos días para agrupar fuerzas con vistas a aparecer en un futuro próximo como el elemento aglutinador del conjunto de la izquierda no comunista.

● A su regreso de París, donde mantuvo conversaciones con Chaban-Delmas y Maurice Schumann, el ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania Federal, Willy Brandt, anunció que antes de terminar el año tendría lugar la conferencia de los Seis para examinar la entrada británica en el Mercado Común. (Entrevista en páginas 16 y 17.)

● «Rude Pravo», órgano del partido comunista checo, ha defendido recientemente el carácter constitucional del tratado firmado entre Praga y Moscú y que «legalizaba» la presencia en Checoslovaquia de las tropas soviéticas.

● Bajo el patrocinio de la Unesco se han reunido en París una treintena de historiadores africanos o interesados en la historia de ese continente, para llevar a cabo la redacción de una Historia General de África.

● El periódico colombiano «La República» revela unas declaraciones del arzobispo de Buenaventura, según las cuales setenta y cinco indios han sido vendidos como esclavos por los negociantes en caucho, por una suma total de cerca de dos millones de pesetas.



● En un discurso pronunciado ante militantes reunidos en Abidjan, el jefe del Estado guineano, Seku Touré, ha afirmado que ciertas embajadas instaladas en Guinea y algunas sociedades extranjeras que ejercen actividades económicas en el país, habían cooperado en la preparación de complots para derribar al régimen.

● Psiquiatras occidentales —franceses e ingleses— han participado por primera vez en el Congreso anual de Psiquiatría que se celebra en Moscú, y que este año llegaba a su sexta edición, tomando la defensa del psicoanálisis, que ha encontrado anteriormente en la Unión Soviética objeciones ideológicas y prácticas.

● Continúa la crisis gubernamental italiana. Los republicanos y el nuevo partido socialista se niegan a participar en el poder, lo que dificulta la pretensión de la democracia cristiana de crear una nueva coalición de «centro-sinistra».

● Con participación de cincuenta y un países se ha abierto en Belgrado la reunión consultiva de países no alineados, con el objeto de examinar en una próxima sesión en la cumbre «los graves problemas que atentan a la paz mundial», según el comunicado hecho público.

● La Cámara de los Comunes canadiense ha adoptado el proyecto de ley que establece como idiomas oficiales del país el francés y el inglés. El proyecto ha recibido la aprobación de todos los partidos, salvo uno disidente, de signo conservador.

● Hay pocas esperanzas de que puedan reanudarse los vuelos de socorro a Biafra. Tal parece ser la conclusión a que se ha llegado, tras la reunión celebrada entre nigerianos, británicos y representantes de la Cruz Roja.

● El arzobispo Defregger, auxiliar del cardenal Doepfner en el arzobispado de Munich, está sometido a encuesta judicial por su actitud durante la segunda guerra mundial. Se le acusa de haber hecho ejecutar a diecisiete rehenes italianos el 7 de junio de 1944.

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX